

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

TRES NOVELAS DE EMILIO
RODRIGUEZ MENDOZA

LA EXTRAORDINARIA y larga existencia de don Emilio Rodríguez Mendoza partió al abrigo de la tierra con un mínimo de amigos y en desolada despedida. Muy diferente había sido su vida. Periodista nato, historiador y diplomático, nació en Valparaíso en 1873 y falleció en Santiago el 11 de diciembre de 1960. Vida palpitante, plena de viajes, contrariedades y luchas, representa en el mundo intelectual chileno un signo de sobrepujanza y honestidad que a muy pocos ha alcanzado.

En la perspectiva de la obra literaria, don Emilio se sitúa por sus páginas de recuerdos, historia y evocaciones. Las crónicas y memorias —*Como si fuera ayer! . . .*, *La España que vi y viví*, entre otras— se revistieron con su porte señorial y su físico recio. Los historiadores y críticos nacionales poco han expresado de sus novelas. Don Emilio manifestó crudamente sus pensamientos, sin retoques de arte literario. Por eso sus novelas y cuentos quedaron como imperfectos; aburridos para algunos. Sin embargo, en la naturaleza de los personajes y en la atmósfera que los envuelve, es posible encontrar una veta vigorosa de su forma expresiva condicionada por su concepción de la novela y por el ambiente histórico en que vivió.

Claramente expone sus propósitos en el prólogo a la novela *Cuesta arriba* (1910): "...significa este libro el intento de que el trabajo literario, además de ser nacional, se junte con los otros factores que pueden colaborar eficazmente al progreso del país. Y como debemos desear que nuestras ideas tengan algún alcance positivo y como para que esto se realice,

siquiera en parte, es necesario no hacer arte por arte, el romance se aleja casi por completo de estas páginas, algunas de las cuales han deseado evocar un determinado período histórico..."¹. Ya en 1900, al escribir *Vida nueva...* (1902), refiriéndose al protagonista dice: "La novela, el cuento, no debían ser para él un *sport* de ociosos de la pluma. Asignábales un fin más útil y más alto: el de medios de propaganda destinados a tener una gran eficacia, una moral severa, empleados por hombres preparados y conocedores de la vida"². De aquí se desprende su ánimo polemista y reformador. Además, los procedimientos en boga se lo permitían. No otro era el caso de Zola en Francia. El realismo literario —con la observación minuciosa por método— se mezcló en Rodríguez Mendoza al naturalismo, poseedor de un escalpelo para la vida social, y el interior mundo psicológico del individuo. Tal como el objetivo del científico es la verdad, el escritor debe perseguir una comprobación del estado del hombre y de su marco natural, la sociedad, para expresar verdad. El mundo de la ficción tiene sus propias leyes y, para el lector, el naturalismo debía darle los antecedentes. En el vivir nada es gratuito. Tampoco lo es en la ficción.

Juan Valera —escribiendo sobre *Ultima esperanza* (1899)— y Miguel de Unamuno —comentando *Vida nueva...*—, indican el pesimismo de las narraciones de Rodríguez Mendoza. Sus novelas no alcanzan al análisis denso de la mente de sus personajes. Tampoco agota en ellas el estudio de la realidad de la época. Pero, en todas ellas, es el modo de vida de ciertos grupos sociales lo que configura a personajes, motivos y escenas. Los protagonistas son cartel de lucha, cortados a la precisión. El diálogo sirve para demostrar vivamente el mundo de esos tipos. La narración sirve para describir una época con nitidez. Intrusamente, asoman simbolismos y sátiras en tipos y costumbres. En *Vida nueva...*, según exacta interpretación de Unamuno, "el argumento le sirve al autor de pretexto para

¹Manejamos *Cuesta arriba* en la edición de la Librería Paul Ollendorff, París, s. f. [1910]. Ver pág. XII del *Prólogo*.

²*Vida nueva...* F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia, s. f. [1905], pág. 194.

mostrarnos las íntimas lacerías de la juventud dorada de Santiago de Chile”³. En *Cuesta arriba* se muestra el triunfo del esfuerzo honrado y sano por sobre el oportunismo político y los males del parlamentarismo en Chile. En *Santa colonia* se describen las pasiones adversas de una familia provenientes de una educación y moral malentendidas. Respondiendo a la opinión de Valera, en 1905 escribió Rodríguez Mendoza: “La vida la ve cada cual según su temperamento y el medio social que le impresiona”, y con mayor valor de fórmula agregó: “Es que cada producción literaria, grande o pequeña, constituye un nuevo alegato en favor de un estado social más perfecto”⁴. No hizo más que trasladar su barricada periodística para señalar los lunares de una sociedad en evolución.

En *Vida nueva...* hay motivos recogidos ya anteriormente por la narrativa chilena del realismo del siglo XIX. Pedro Fernández es el joven que llega a la capital desde la provincia. Es deslumbrado por Santiago y viene con esperanzas y alegría. Penetra a un círculo de amigos y malgasta su dinero en festines, juegos y mujeres. El motivo del “arribista” se advierte en las pretensiones de Enrique Melosa, joven ingenuo que, por codearse con los altos apellidos del círculo, se hace socio del club y ofrece fiestas a todos. De repente, la bodega que manejaba con su madre no dio más, y entonces, tras una espléndida comida, se suicida vestido de smoking. A estas situaciones, en la novela se manifiesta desde su comienzo la oposición básica de la vida de la ciudad y la vida del campo. Pedro padece de una voluntad floja y sus sentimientos son inestables. Se aburre en la capital y en un momento de decisión, regresa al campo, donde su hipotecado fundo de Lo Ocampo, resuelto a olvidar su vida alegre, “perder de vista por mucho tiempo, por varios años por lo menos, para ver en seguida si las predicciones que hacía al partir eran confirmadas después por los hechos y la vida misma” (pág. 81). La vida de la ciudad era falsa, “edificada sobre errores, engaños y prejuicios derivados de una educación que él juzgaba inmoral e inadecuada” (pág. 82).

³L. Ignacio Silva: *La novela en Chile*, Imprenta y Encuadernación Bar-

celona, Santiago, 1910, pág. 238.

⁴Idem, págs. 495-496.

El campo trae sabor del pasado: "Esa misma hierba aplastada bajo el rocío de la mañana; el empedrado tupido, las paredes blanqueadas y con greca negra abajo; las rejas de las ventanas, pegados al suelo, de barrotes terminados en forma de lanza; las pequeñas cruces verdes clavadas de trecho en trecho, indicando cada estación del *Vía Crucis*; los ladrillos gastados por el trajín; los anchos corredores de vigas ennegrecidas en que ostentábase al desnudo el *colihual*; los arcos de encina en que aparecía una rosa tallada; los techos semitendidos y musgosos; los viejos naranjos colocados al centro y en cada ángulo del patio, y cuyo fruto nadie tocaba; la campana colgada en una escarpia de palo en bruto, ¡qué no indicaba allí la paz, los años, el abandono, el sosiego de esas casas en que parece que nadie vive, a no ser la hierba y las flores, que van quedando como único recuerdo de generaciones que se han ido para siempre!" (pág. 161). El narrador completa el cuadro con un interior: "Cuando se abre una de las puertas de aquel salón, eternamente vacío, todavía divísanse el antiguo catre de bronce con su pabellón de seda azul y la cómoda de palo de rosa, en cuyos cajones guardábanse los trajes para los domingos y para ir a la ciudad" (pág. 163). El joven se sentía feliz en un comienzo, intranquilo después, al volver a pensar en Santiago. Dos condiciones existen para que el personaje se comporte así: su cabeza falta de voluntad (mal biológico) y su necesidad de ver la comprobación de su novela. Aquí presiona el ambiente. Los otros personajes son demostración de la vida capitalina, torbellino de fiestas y de bajezas morales. Ladrín del Valle es el vividor galante, Angelito Smith el deportista y jugador de las carreras de caballos, y así los Hurtado, Manuelito Soda, Lazo, Carlos Astacuando, etc. Dos tipos más completan el motivo de la "vida fácil y licenciosa", el hombre del diagnóstico del individuo, el Dr. Narváez, y el altruista filósofo, periodista y reformador, don Manuel Moral (originariamente "Mora"), el crítico de la enfermedad social. En la novela que escribe Pedro Fernández se libera de caer en el fracaso Magdalena Valleriesgo, una joven de la que él se enamoró cuando ya estaba por regresar al campo y que, para colmo de su destino, casó con uno de los amigos del círculo, Pa-

tricio Lucero, días antes de su partida. Tuvo que despedazar su novela al regresar a Santiago después de varios años de campo: a los que hacía caer estaban en condiciones inmejorables debido a la política de Eléspuro: unos casados con mujer joven, de situación, recién venidas de la provincia a la capital; otros en la diplomacia, otros en empresas de altos negocios, y otros en el periodismo. Entretanto, su amor silencioso, Magdalena, había roto su matrimonio y se separó de Patricio; ahora iba a cumplir su determinación final. Pedro tuvo una entrevista con ella, ambos reconocieron su amor —“amor imposible”—, pero ella se internaba en un convento. Sin novela, sin ciudad, sin campo y sin amor, Pedro Fernández consulta al Dr. Narváez y él lo encierra en la Casa de Orates. El trabajo clínico del doctor —años después— se llamará: “Un nuevo caso de neurastenia: la decadencia de las naciones”. El protagonista Pedro Fernández pasa a significar un símbolo de la sociedad viciada y un tipo de cierto estado social chileno.

La misma factura de novela espacial conforma la narración de *Cuesta arriba*. Su asunto es “un determinado período histórico: uno de los más inmediatos a la guerra civil que en 1891 abatió violentamente un poder público” (pág. XII). En el Prólogo a la obra se registra la conciencia con que Rodríguez Mendoza elaboró el tema y sus personajes principales: “Para la exposición de las ideas que deseábamos exponer, escogimos un plan dentro del cual se mueven los personajes como los mueve la estructura técnica del romance”. Para comprender cabalmente el concepto de “romance” manejado por el autor, damos paso a otra cita: “Es eso lo que nos ha parecido más adecuado para emitir ideas que, cuando flotan en la atmósfera, no tardan en encontrar fuerzas de difusión que las conviertan en anhelos públicos”. “He aquí, pues, una serie de cuadros —de cuyo conjunto podría sacarse un programa de trabajo— que no forman una novela y que, sin embargo, han sido ejecutados y enlazados siguiendo la manera característica de aquélla”. Y más abajo dice: “no ha sido nuestro propósito escribir una fantasía más” (pág. XIV). Con voz de proclama y con un procedimiento similar al del estudio histórico, económico o social, propicio para la revisión del Centenario de la nación (1910),

arguye el autor: "Hagamos, pues, el libro-escuela, la tribuna-lección, el artículo-propaganda". Y esbozando el tema de *Cuesta arriba* añade: "Tratemos, en una palabra, si queremos tener Patria para siglos y no para años, de apresurar la construcción integral de nuestros países..." (pág. XVI).

León II Rield, hijo de un visionario colonizador nórdico y de una nativa araucana sacada con maña de su reducto, es el prototipo del hombre metódico, sano de espíritu y de cuerpo e impulsado por un sentido práctico que complementa su empuje de obras. Como ingeniero y jefe de una oficina pública, defiende un proyecto de una escuela modelo y adecuada a las necesidades del país y sus alumnos. Con exagerada honestidad, renuncia a su cargo para dirigir la proyección de una empresa magna: la línea ferrocarril transandina. Las oposiciones más enconadas surgen del parlamentario Champán, antiguo compañero de trabajo en la inspectoría de liceo. Pero los obstáculos mayores se ciernen sobre el dinámico ingeniero y empresario cuando los cálculos del proyecto chocan con la realidad de la montaña: hay inseguridad en el trazado del túnel que la atravesaría. Prácticamente abandonado por los compañeros jefes, León sigue junto a sus obreros que lo estiman y junto a su joven esposa y un hijo recién nacido. Además, León ha obtenido un sillón en la Cámara derrotando a su opositor, Champán, el que se incorpora a la política del Presidente como su Ministro. El proyecto de Anteo y de León concluyó con pleno éxito en las labores, y, entonces, el Presidente, los ministros, los oportunistas, los arribistas, profesionales, etc., deciden inaugurar tan notable trabajo con un banquete al aire libre de la cordillera. Champán viene sufriendo desde tiempo atrás una dolencia a la vista originada por sus excesos de almuerzos y fiestas sociales. El día del banquete se levanta de la mesa y se dirige hacia la línea recién inaugurada: "La pequeña locomotora, bautizada con el mismo nombre de la primera que corrió en el país —*Adelante*—, ejecutó en ese instante, sin que nadie alcanzara a detenerla, el más inesperado de los castigos: cayó sobre Champán arrojándolo de bruces como algo indigno de ponerse en el camino de la máquina que venía de traspasar de un lado a otro la gran montaña. Castigo inútil, por lo de-

más, porque ya no era necesario que ese hombre cayera hecho un montón de escorias para comprender que el *champañismo* se aproximaba inevitablemente a su fin..." (pág. 293). Como índice del propósito de Rodríguez Mendoza, vale la pena reproducir su propia opinión recogida mucho más tarde en *Como si fuera ahora...*: "Después vino "Cuesta arriba" en cuyo héroe —mezcla de lo autóctono y lo nórdico— perforador de cordilleras, quise hacer el tipo recio y neto que destaca vigorosamente su acción ascensional en un ambiente ya inficionado de "champañismo", que es como ese libro designa al parlamentarismo entonces en boga" (pág. 309), con lo que se refiere al régimen resultante de la caída de Balmaceda y dominante en Chile entre los años 1891 y 1920⁵.

En la novela se intensifica el modo narrativo con la descripción naturalista, con el detalle fuerte y casi tremendista, como en la escena de la autopsia del "candidato", el repúblico que ha muerto y conduele el país entero. El motivo de la "decadencia social y política" queda definido con el episodio de la autopsia, retrato de la sociedad. En el capítulo IX de la primera parte, León logra pasar a la casa del cadáver gracias al casual encuentro con un ex discípulo que ahora es ayudante de la Escuela de Medicina. En la casa se verifica un doble ritual: un escultor saca la mascarilla, y el doctor y profesor de la Escuela opera para extraer el corazón y el cerebro. Para el proceso de la mascarilla hubo dificultades que el narrador omnisciente detalla. "Exploraron con el mango de ébano de los instrumentos. Golpearon tanteando en diversas partes del cráneo y, por fin, al tirar hacia atrás, algo que no podía resistir más cedió con hipócrita docilidad: era un casquete, obra maestra de peluquería parisiense y que nadie sabía antes que el candidato hubiera usado" (pág. 105). Al tirar del yeso para liberar el rostro de la mascarilla, se pegó el bigote: "El candidato mordía desesperadamente ese maldito yeso que perpetuaría su figura tal como era, tal como lo había dejado la vida, sin pelo y caído el bigote desteñado, y no peinado y rizado

⁵La vida literaria de Emilio Rodríguez Mendoza ha quedado en sus libros de recuerdos. La cita se hace

por la edición de *Como si fuera ahora...*, de la Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1929.

como otrora en el mundo de las convenciones y los retratos velazqueños” (pág. 107). Cuando el doctor extrajo el cerebro, León interpuso un bibelot —plato chino— para que fuera depositado: “León recordó a Comte y su *Política Positiva*: en el cuerpo humano, como en el social, existe una interdependencia tal, que cuando un órgano no marcha bien, es, consecuentemente, el funcionamiento general el que pierde su normalidad” (pág. 114).

El tipo de Champán es el del “oportunista” y “ambicioso”. Está construido a propósito para hacer juego a León, el tipo lleno de “honestidad”. Champán, una vez parlamentario, ofrece fiestas en su residencia calificada de “palacio”; halaga al pueblo en sus discursos y se opone a toda política que hiera sus particulares intereses. Desde su primera presentación en la novela, se da el tipo: “Muy peinado, con los bigotes izados en alto; con la partidura geoméricamente tirada al medio de la cabeza, flanqueada por dos pomponcitos de pelo ligeramente rizado y los guantes encajados en el bolsillo superior de su *chaquet* —cuidado con exquisita galantería de escobilla—, era Champán un consuetudinario de las galería del Congreso...” “Algún día sería *leader*. Como que para ello no eran exterioridades las que le faltaban: tenía esa hermosura bizarra y lustrosa, un si es no es endomingada, que con un poquito de fama política sienta tan bien en ciertas comunas...” (pág. 41). El tipo de León II Rield, hombre de estudio y de vigor físico a la vez, está justificado en el mundo novelesco: es un producto de dos contexturas diversas, la nórdica (lo determina en la constancia y el estudio) y la araucana (lo determina en lo físico); además, contó con casualidades precisas durante su infancia, pues fue amamantado por una campesina robusta de Peñaflor y vivió en la serenidad y sosiego de una casona colonial donde una solterona devota y caritativa, doña Encarnación, por él llamada tía. El ámbito de su desarrollo personal estructuró su carácter recio y su conducta emprendedora, virtudes ambas que tuvieron que conducirlo al triunfo. Estos tipos son las antípodas y se enfrentan al mundo que los cobija. En el capítulo VI de la primera parte se enuncia el ideario que llena la novela: “. . . una buena parte de esta sociedad, educada más

que todo para el destino y la mala política, crece fomentándose la idea de la riqueza por medio de la competencia social en que cualquier observador atento descubre a cada instante gestos y decoraciones de comedia... Se diría que nadie va sabiendo que es pobre y que vive en un país cuyos montes y cuyo suelo serán pródigos, no con la jugada de Bolsa sino con el esfuerzo y la voluntad constantes" (págs. 59 y 60). Estas palabras dichas por el maestro a León, son la base de su comportamiento posterior, el del destructor del "champañismo".

La supervivencia de un pasado con raíces de pergaminos y de orgullo falsos, es el pensamiento que sintetiza la novela *Santa colonia* (1917). Los nombres quedan traspasados de simbolismo, no hay una conformación de personaje individualizado. La madre o "la santa", es la mujer altiva que en su religiosidad quiere dedicar su caserón al culto y la caridad. El hijo, "mayorazgo", es el patrón de corte criollo y de voluntad tornadiza que no gusta de la ciudad. Ella, "la pobre", es la joven que la madre quiere consagrar para la formación, en su caserón colonial, de la orden religiosa. La madre, doña Angela, ocultó a su hijo la verdadera razón de la muerte de su padre, gran señor y vividor, de comportamiento opuesto a la moral y las costumbres de ella. El otro misterio condujo a los protagonistas a la tragedia y al motivo del "amor incestuoso". Desde chico convivieron "la pobre" y "el mayorazgo", pero a él se le alejó de ella por la madre. Con los años, los regresos del hombre a la ciudad son sólo por la pobre. Mientras tanto, la "santa" organiza el asilo de huérfanos y lisiados infantiles, para quienes la pobre se llamaba "la hermana". El amor entre ella y el hijo es presentido por la santa, pero por orgullo no aclara el misterio de la joven. Consumado el amor, la madre se decide: "Avanzó también el mayorazgo con la solemnidad de quien sabe cómo pasan las cosas en la vida y en el teatro, acaso porque es la primera la que se parece al segundo, sin que éste logre copiar sino malamente a aquella". "Su voz de tragediante y de malvado llenó victoriosamente el oratorio: —Que comience la vida". "La pobre volvió hacia él sus ojos sumisos, capaces de triunfar del mismo mal: era la mirada obediente del vencido y, al descubrirla, la santa vislumbró lo

que hasta entonces sólo había sido un temor; pero su deber era luchar aún hasta el último trance: —Hija mía...” “—¡Dulzura y maternidad tardías! —interrumpió ásperamente la voz trágica” (pág. 108). El diálogo corto, tenso, eleva la tragedia: “Era necesario emplear el mismo fuego de las hogueras que sólo arden con sangre: —Malvado... Esa mujer es tu hermana... Bastarda de tu padre, nacida durante el matrimonio, silenció la afrenta para dedicarla a Dios, porque era mi deber ocultar la falta con que el padre mancilló su propio hogar” (pág. 109). La madre es tipo que representa una conducta de época y de la sociedad: “De nada había servido, a no ser para acrecentar el horror de la catástrofe, el ideal austero enfrentado a modo de reducto a la vida de hoy”. “Había fracasado la ideología piadosa; pero asimismo habían fracasado las sentencias frívolas de la ironía y de la bondad estáticas” (pág. 128). Había cambiado la disciplina de la casona colonial. La “pobre” fue reemplazada por servidumbre venida del fundo y sólo se dejaban los niños que ya habían ingresado al asilo. El órgano se clausuró. La “pobre”, sintiendo en su vientre el nuevo ser, cada vez más se torna sórdida, soñó que la cruz se sumergía lentamente en la noria y, como signo de su destino, se acercó al brocal, enlazó al cuello una soga y se colgó en el vacío del pozo.

La novela, con matices psicológicos logrados, se desplaza en el ambiente de época. En ella, el ambiente, la casona, estructura el mundo de la madre y el amor incestuoso de sus hijos, el mayorazgo y la pobre. El lenguaje —trabajado en color y ornamento modernistas— traza al detalle la atmósfera colonial, los interiores y el huerto. Como corolario, transcribimos las palabras de don Emilio dichas tiempo después sobre esta obra: “En el tercero de esos libros [se refiere a *Vida nueva...* a *Cuesta arriba* y a *Santa Colonia*], “Santa Colonia”, aparecido en 1917, intenté revivir el ambiente espiritual de una época ya lejana y caducada en contraposición con el tipo contradictorio y abúlico del mayorazgo” (pág. 309 de *Como si fuera ahora...*). El sentido espacial de la novela queda más afirmado por el autor, cuando agrega: “La Santa era el pasado; el mayorazgo el presente; la pobre, el destino fatalista de algunos seres; el

capellán la Religión hecha bondad, buen sentido, perdón, tradición sin fanatismo". "Además intenté sustituir el personaje individual por lo simbólico, o sea, el tipo genérico en que hubiera algo de los antecesores psicológicos de la raza" (pág. 310).

La obra novelesca de don Emilio muestra su carácter y su ser polémico. Como escribimos al comenzar esta aproximación a tres de sus novelas, en ellas se dio su porte señorial y su físico recio.

BIBLIOGRAFIA DE EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

Como dato importante para la futura valoración intelectual de don Emilio, entregamos la presente lista de sus obras.

- Gotas de absintio*. Prólogo de Rubén Darío. Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1895.
- Ultima esperanza*. Imprenta Ercilla, Santiago de Chile, 1899.
- Ultimos días de la Administración Balmaceda*. Imprenta y Librería del Centro Editorial La Prensa, Santiago de Chile, 1899.
- En la manigua*. Carlos Dublé. Imprenta del Universo de G. Helfmann, Valparaíso, 1900.
- Reminiscencias militares. 1879*. Imp. del Centro Editorial La Prensa, Santiago de Chile, 1902.
- La cuestión del Norte*. Política exterior. Santiago (?).
- Vida nueva...* Imprenta, Encuadernación y Litografía Esmeralda, Santiago de Chile, 1902.
- Días romanos*. Guillermo E. Miranda, Editor, Santiago de Chile, 1906.
- Cuesta arriba*. Novela. Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, París, s. f. [1910].
- Rumbos y orientaciones*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1914.
- Santa Colonia*. Emp. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1917.
- Una página de historia diplomática*. Santiago (?).
- En horas de inquietud*. Edición Arnó, La Paz, 1920.
- ¡Como si fuera ayer!...* Casa Editorial Minerva, Santiago-Chile, s. f. [1922].
- Los estados desunidos de Sudamérica*. Valladolid, España, 1927.
- Remansos del tiempo*. Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S. A., Madrid, 1929.
- Como si fuera ahora...* Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1929.
- Anotaciones de actualidad*. Santiago, 1932.
- En España. Actividad oficial, intelectual y social*. Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1932.
- La América bárbara*. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, s. f. [1933].
- José Santos Chocano bosquejado por Emilio Rodríguez Mendoza*. Santiago, 1934.
- Pérez Rosales*. Biblioteca Ercilla, xx, Santiago de Chile, 1934.

- El libro de las fundaciones*. Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1935.
- La estrella sobre los mástiles. De Cochrane a Prat*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937.
- El golpe de Estado de 1924. Ambiente y actores*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1938.
- La flecha en el arco*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1940.
- Historia y estampas cromáticas*. Santiago del Nuevo Extremo, Empresa Editora Zig-Zag, 1941.
- Bello, el maestro inmortal*. (Discurso al ser recibido como académico correspondiente). Caracas, Venezuela, 1943.
- Miranda, el visionario*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1944.
- La España que vi y viví*. Editorial Nascimento, Santiago, Chile, 1948.
- La Emancipación y el Fraile de la Buena Muerte*. Dos palabras de Rafael Maluenda. Ediciones de la Universidad de Chile, Editorial Universitaria, S. A., Santiago de Chile, s. f. [1951].
- Alfredo Irarrázabal Zañartu. Adición a ¡Como si fuera ayer!* Editorial Jurídica de Chile, Editorial Universitaria, S. A., Santiago de Chile, 1955.